

Cristianismo Equilibrado

John R. W. Stott

UNIDAD, LIBERTAD Y CARIDAD

Mi preocupación es llamar la atención a una de las grandes tragedias de la cristandad contemporánea, que es especialmente visible en medio de todos nosotros que somos llamados (y, en verdad, es cómo nosotros nos llamamos) cristianos evangélicos. En una sola palabra: esa tragedia se llama polarización. Seré más específico sobre lo que quiero decir.

El fondo para la tragedia es nuestra substancial concordancia en el histórico cristianismo bíblico. Nuestra unión en los fundamentos de la fe cristiana es grande y gloriosa. Creemos en Dios Padre, infinito y personal, santo, creador y sustentador del Universo. Creemos en Jesus Cristo, el único Dios-hombre; en su nacimiento virginal, en su vida encarnada, en la autoridad de su enseñanza, en su muerte expiatoria, en su resurrección histórica, y en su retorno personal a la tierra. Creemos en Espíritu Santo por cuya inspiración especial las Escrituras fueron escritas y por cuya gracia pecadores hoy son justificados y nacidos de nuevo, transformados en la imagen de Cristo, incorporados a la Iglesia y enviados para servir en el mundo. En estas y en otras grandes doctrinas bíblicas, permanecemos firmes por la gracia de Dios, y permanecemos juntos.

Pero, nosotros no somos unidos. Nosotros nos separamos unos de los otros por asuntos poco importantes. Algunas de las cuestiones que nos dividen son teológicas; otras temperamentales. Teológicamente, por ejemplo, podemos discordar en la relación exacta entre soberanía divina y responsabilidad humana, en la orden” y ministerio pastoral de la iglesia (se debe ser episcopal, presbiteriano o independiente) y hasta donde los creyentes pueden involucrarse en una “mezcla” denominacional sin que se comprometan a sí mismos y la fe que profesan; en las relaciones Iglesia-Estado; en quien está calificado para ser bautizado y en el volumen de agua a ser usado; en cómo interpretar profecía, en cuáles dones espirituales están disponibles hoy y cuáles son los más importantes. Estas son algunas de las cuestiones en las cuáles creyentes igualmente dedicados y bíblicos disienten entre sí. Son cuestiones que los reformadores llaman de adiaforia, cuestiones “indiferentes”. De esta forma, aunque pretendemos continuar defendiendo nuestra propia convicción de las Escrituras, en conformidad con la luz que nos ha sido dada, buscaremos no presionar dogmáticamente la conciencia de otros creyentes, pero tratar cada uno con libertad, en amor y respeto mutuo.

No se puede hacer cosa mejor que mencionar el famoso epigrama atribuido a un correcto Rupert Meldenius y citado por Richard Baxter. En cosas esenciales, unidad; en las no-esenciales, libertad; en todas las cosas, caridad. Estamos, también, separados unos de los otros temporalmente.

Nos olvidamos, a veces, que Dios ama la diversidad y ha creado una rica profusión de tipos humanos, temperamentos y personalidades. Además de eso, nuestro temperamento tiene más influencia en nuestra teología de lo que generalmente imaginamos o admitimos. Aunque nuestra comprensión de la verdad bíblica dependa de la iluminación de Espíritu Santo, ella es ineludiblemente coloreada por el tipo de persona que somos, por la época en la cual vivimos y por la cultura la que pertenecemos. Algunos de nosotros, por disposición y formación, son más intelectuales que emocionales; otros, más emocionales que intelectuales.

Repitiendo, la disposición mental de muchos es conservadora (detestan cambios y siéntense amenazados), mientras otros son, por naturaleza, rebeldes a la tradición (lo que ellos detestan es monotonía, considerando cambio como algo propio de su naturaleza). Cuestiones como estas surgen de diferencias temperamentales básicas. Sin embargo, no debemos permitir que nuestro temperamento nos controle. Por el contrario, debemos dejar que las Escrituras juzguen nuestras inclinaciones naturales de temperamento. De lo contrario, acabaremos por perder nuestro equilibrio cristiano.

El título de este ensayo es “Cristianismo Equilibrado”, pues una de las mayores flaquezas que los cristianos (especialmente los evangélicos) manifiestan es la tendencia para el extremismo o desequilibrio. Parece que no existe otro pasatiempo de que Satanás más guste que lo de quitar el equilibrio de los creyentes. Aunque yo no reivindicque cualquier amistad personal con él y ni tampoco cualquier conocimiento íntimo de su estrategia, supongo ser este uno de sus hobbies favoritos.

Por “falta de equilibrio”, entendemos el deleite que sentimos en habitar en una u otra de las regiones extremas de la verdad. Si pudiéramos apoyarnos en ambos polos, simultáneamente, exhibiríamos un saludable equilibrio bíblico. En lugar disto, tendemos a caerse “en extremos”. Como Abraham y Lot, nos separamos unos de los otros. Empujamos otras personas para un polo, mientras que el polo opuesto es mantenido como nuestra propiedad.

Teológicamente hablando, nadie en la historia de la iglesia británica nos previno mejor de este peligro que Charles Simeon, profesor del King’s College y párroco de la iglesia Holy Trinity, en Cambridge, en el inicio del siglo pasado. Considere esta conversación imaginaria con el apóstol Pablo, que él incluyó en una carta para un amigo en 1825 “. La verdad no está en medio y ni en el extremo, pero en los dos extremos. Aquí están dos extremos: calvinismo y armenianismo. - Pablo, como te sitúas en relación a ellos? En medio - término intermediario? - No. - En los extremos? - No. - Como entonces? - En los dos extremos: hoy yo soy un calvinista convencido: mañana, un convencido armeniano. - Bien, bien, Pablo, comprendo tu experiencia: va a Aristóteles y aprende el ser intermediario!

Simeon continúa: - “Pero, mi hermano, yo soy un desventurado. De entrada leí a Aristóteles y me gusto mucho; pero, desde que comencé a leer a Pablo, he captado algo de sus extraños conceptos, oscilaciones (no vacilaciones) de un polo para el otro. A las veces, soy un poderoso calvinista y, otras, un débil armeniano. De esta forma, si extremos que te deleiten, soy la persona correcta para ti; acuérdate solamente: no es para un extremo que debemos ir, pero si para ambos”- un adagio que Charles Smyth describió como “tan naturalmente desconcertante para la mente inglesa”(Memoirs of the Life of the Ver. Charles Simeon, editado por Willian Carus 1847, p. 600. Simeon and Church Order por Charles Smyth, 1940, p. 185).

Las palabras de Simeon son sabiduría para hoy. Sean nuestras polarizaciones básicamente teológicas o temperamentales, debemos evitarlas. Mi hermano, permítame dar cuatro ejemplos de la inutilidad de polarizaciones innecesarias, lo que será hecho en los capítulos siguientes.

EL INTELLECTO Y LAS EMOCIONES

El primer ejemplo se sitúa en el campo de lo intelectual y de lo emocional. Algunos creyentes son tan fríamente intelectuales que se cuestiona que sean ellos mamíferos de sangre caliente, para no decir seres humanos, mientras que otros son tan emocionales que se desea saber si son poseedores de una porción mínima de cerebro. Yo me siento inclinado a decir que el más peligroso de los dos extremos es el antiintelectualismo, después la entrega al emocionalismo. Vemos esto en algunas predicaciones evangelísticas, que no consisten en otra cosa sino en un llamamiento para decisión con un poço, o ninguna predicación del evangelio y poca, o ninguna, argumentación con el pueblo acerca de las Escrituras, a la manera de los apóstoles.

La misma tendencia es evidente en la actual búsqueda de experiencias emocionales, vividas de primera mano, y en la exaltación de la experiencia como criterio de la verdad, mientras que la verdad debería ser siempre el criterio de la experiencia. Mi recelo es que esta tendencia sea un legado semicristianizado del existencialismo secular. Lo que parece haber filtrado en la conciencia pública de la famosa distinción de Martin Heidegger entre existencia “auténtica” y “inauténtica” es que debemos abandonar cada convención y disciplina y cada estilo de vida impuesto que amenace nuestra autenticidad personal.

Debemos, por encima de todo, escoger que seremos nosotros mismos, pensando y haciendo solamente lo que nos parezca ser auténtico en el momento. A la luz de este principio, He escuchado a jóvenes creyentes argumentar así:

“Nadie puede esperar que yo crea en una doctrina sólo porque está en las Escrituras; sólo creeré si la doctrina se autentifica en mí como verdadera. Usted no puede esperar que yo vaya a la iglesia, que lea La Biblia o que ore sólo porque estos son deberes cristianos; yo solamente puedo hacer estas cosas si siento ganas. Y yo no puedo, posiblemente, amar mi prójimo (para no decir el enemigo) sólo porque soy ordenado a hacer esto, pero solamente lo hare solo si El Espíritu Santo produce una relación de amor con el prójimo, auténtica y real”.

Al lado de la corriente que tiene insistencia en la experiencia existencial, sigue una desconfianza, un menosprecio o intelecto. La fuga de la razón es una señal distintiva de la vida secular contemporánea (por lo menos es así en Estados Unidos). El profesor Richar Hofstadter documentó esto muy bien en su libro "Anti-intellelectualism in American Life" (Antiintelectualismo en la vida americana) (Vintage, 1962). Y un impresionante ejemplo, reciente, puede ser encontrado en Joe McGinness, cuando, bajo el título "The Selling of the President 1968" (La Venta del Presidente, 1968), él relata la campaña electoral de Richard Nixon, en 1968. Los organizadores de la campaña se quedaron convencidos de que Nixon hubo perdido la elección con Kennedy, en 1960, porque Kennedy tenía una imagen televisiva mucho mejor que la de Nixon. Entonces, consultaron Marshall McLuham para orientarlos en cómo hacer que Nixon se "proyectara electrónicamente", y como transformarlo de un "abogado seco y sin gracia" en un "ser humano afectuoso y animado". "Política"- el profesor MacLuham les aseguró - "es sólo una ciencia racional".

"Elecciones"- insistió - "no son ganas en la Cámara electoral presentada, pero en las imágenes. "Haga que los electores La cara del sujeto" y la campaña estara virtualmente ganada".

Esta es, naturalmente, una situación seria, cuando una nación desarrollada es, entonces, llevada a abdicar de su responsabilidad política, dejar de debatir los asuntos del día o formar su opinión y votar, no por lo que los candidatos son, pero por lo que vulgarmente es llamado de reacción "instintiva" a los candidatos. Sin embargo, este tipo de antiintelectualismo es mucho más serio en la iglesia evangélica, pues la Palabra de Dios enseña que nuestra razón es parte de la imagen divina en la cual Dios nos creó. Él es el Dios racional que nos hizo seres racionales y nos dio una revelación racional. Negar nuestra racionalidad es, por lo tanto, negar nuestra humanidad, viniendo a ser menos que seres humanos.

Las Escrituras prohíben que nos comportemos como caballos y mulas que son "sin comprensión", y al contrario, ordenan que seamos "maduros" en nuestra comprensión" Sal. 32:9, I Cor. 14:20. De hecho, la Biblia nos dice constantemente que cada área de la vida cristiana es dependiente del uso cristiano de nuestras mentes. Permítame dar un ejemplo: el ejercicio de la fe. Muchos hallan la fe y enteramente irracional. Pero las escrituras nunca colocan fe y razón una contra la otra, como siendo incompatibles.

Por el contrario, fe solamente puede nacer y crecer en nosotros por el uso de nuestras mentes: "en ti confiarán los que conocen tu nombre" (Sl 9:10); la confianza de ellos brota del conocimiento de la fidelidad del carácter de Dios. Nuevamente, en Isaías 26:3: "Tú conservarás en paz aquel cuya pensamiento está firme en ti, porque él confía en ti". Aquí, confiar en Dios y mantener la mente en Dios son sinónimos y una perfecta paz es el resultado.

A la luz de este énfasis bíblico acerca del lugar de la mente en la vida cristiana, ¿que es lo que debemos decir para la generación moderna de los antiintelectuales, los emocionales? Siento que muchos tuvieran que decir que ellos se están autoproclamando intensamente, como si fueran creyentes mundanos.

Pues "mundanismo" no es sólo una cuestión (como fui enseñado a creer) de fumar, beber y bailar, ni tampoco aquella vieja cuestión sobre embellecerse, ir a cines, usar minifaldas, por el espíritu de este siglo. Si absorbemos sin realizar ningún examen los caprichos del mundo (en este caso, el existencialismo), sin que primero sujetemos esto la una rigurosa evaluación bíblica, ya nos hacemos creyentes mundanos.

"Tenemos como principio fundamental", dijo Wesley hacia uno de sus primeros críticos, "que renunciar el uso de la razón es renunciar a la religión, que "religión y razón siguen de manos dadas" y que "toda religión irracional es falsa religión"(citado por R.W. Burtner, R. Y. Chiles en "La Compend of Wesley's Theology", 1954, p. 26).

Me siento en la obligación de añadir, que si el antiintelectualismo es peligroso, la polarización opuesta es casi igualmente peligrosa. Un hiperintelectualismo árido y sin vida, una preocupación exclusiva con ortodoxia no es cristianismo del Nuevo Testamento. No hay duda de que los creyentes primitivos eran profundamente motivados por la experiencia de Jesus Cristo. Si el apóstol Pablo puede escribir sobre la excelencia "del conocimiento de Cristo Jesus, mi Señor", y el apóstol Pedro puede decir que los creyentes "se alegran con gozo inefable y glorioso" (Fil. 3:8; I Pedro 1:8), nadie puede fácilmente acusarlos de tristes o insensibles.

La verdad es que Dios nos hizo criaturas, tanto emocionales, como racionales. No somos sólo mamíferos de sangre caliente, pero si seres humanos, capaces de tener sentimientos profundos de amor y

de ira, de compasión y de temor. Escribo sobre esto con convicción personal, pues, de alguna forma, diverge de la educación que recibí en escuela particular de Inglaterra. No tengo la menor intención de morder la mano que me alimentó, pues reconozco cuánto le debo a los privilegios educativos que me fueron concedidos. Pero, me siento crítico de aquella característica distintiva de la tradición de la escuela particular, conocida como “el labio superior rígido”.

la primera señal externa de profunda emoción interna es generalmente el temblor del labio superior, mantenerlo rígido es reprimir las emociones y cultivar las virtudes (más masculino que femenino, más anglosajón que latino) de coraje, vigor y autocontrol. Lo que no podría acontecer era un muchacho llorar en público; era reservado a las chicas y niños. Desde aquellos días de pre-guerra, pero, he leído el Nuevo Testamento muchas veces y descubierto que Jesús no se detuvo en demostrar sus emociones. En dos ocasiones diferentes somos informados de que Él, en la realidad se cayó en llantos en público, primero al lado del túmulo de un amigo y, después, en la impenitente Jerusalén. En este caso, entonces, Jesús no fue educado en el mismo sistema, de la escuela particular británica!

Si es un peligro negar nuestro intelecto, es un peligro también negar nuestras emociones. Aún así, es lo que muchos de nosotros estamos haciendo.

Alvin Toffler escribe sobre algunos jóvenes americanos que están exhibiendo los síntomas de lo que él llama de choque “del futuro”. Él se refiere a una pequeña aldea marítima en Creta, cuyas 40 o 50 cavernas están ocupadas por “trogloditas americanos, desertores”: rapazes y chicas que, en la mayor parte, desistieron de hacer cualquier esfuerzo mayor para enfrentar el alta velocidad explosiva de las complejidades de la vida. Un reportero los visitó en 1968 y les comunicó la noticia del asesinato de Robert F. Kennedy. Respuesta: silencio: “Ningún choque, ninguna emoción, ninguna lágrima!” Es este el nuevo fenómeno: Desertores de Estados Unidos y desertores de las emociones. Yo comprendo la no-implicación, el desencanto y, aún el no-compromiso. Sin embargo, para donde se fue todo el sentimiento?” (Future Shock, Pan Books 1971, p.331).

Pamela Hansford Johnson, que hizo el reportaje de los horrores sádicos de los asesinatos de los “Moors”, escribió que asesinos por logro o gratificación son casi siempre destituidos de aquello que los psicólogos llaman de “conmoción” – La capacidad de penetrar en los sentimientos de los otros; y continuó diciendo: “corremos el riesgo de crear una sociedad sin cualquier conmoción, en la cual nadie se preocupe con el oro, sino consigo, o con otra cosa que no me auto-satisfaga instantáneamente.

Buscamos sexo sin amor, violencia por “placer”. Estamos animando el entorpecimiento de la sensibilidad...” (On Iniquity, McMillan 1967, pp. 18 y 24).

Una de las causas de la insensibilidad de nuestra sociedad es la televisión, pues ella trae hacia nuestros hogares, una secuencia que nunca para, escenas de violencia brutalidad y tragedia que asaltan tan poderosamente nuestras emociones de manera tal que no conseguimos soportar. Hacemos, entonces, dos cosas: o nos levantamos y desconectamos el aparato, o hacemos algo peor: permitimos que la imagen continúe, pero desconectamos nuestro interior de lo que está siendo mostrado. Continuamos asistiendo, pero sin involucrarnos emocionalmente.

Tal vez yo pueda dar un ejemplo personal, esta vez no acerca de la televisión, pero de un concierto de la pieza “El Mesías”, de Handel, en el Royal Albert Hall. Cuando el concierto alcanzó su clímax con el coro Aleluya, con la afirmaciones majestuosas de que “el Señor Dios omnipotente reina... Rey de reyes y Señor de señores” y con “El Amén” final, confieso que me quedé profundamente conmovido. Cuando los músicos pararon, la audiencia explotó en un estruendo de aplausos, que fue una manera perfectamente apropiada de expresar su apreciación por el maestro, El coro, La orquesta y los solistas. Pero, entonces, a medida que los aplausos se extinguían, todos comenzaron a tomar sus sombreros y abrigos, a reír, a conversar y empujar a los que se dirigían hacia las puertas de salida.

Será presunción mía decir que yo no podía moverme? Yo había sido transportado para el Cielo, para la eternidad, para la presencia del propio gran Rey. No fue suficiente para mí aplaudir los músicos; yo quise bajar la cabeza y adorar Dios. Soy yo extraño al reaccionar con tan profundiza emoción religiosa? O será que estoy en lo correcto al preguntar lo que están las personas haciendo con sus emociones a punto de oír un concierto o ir a un culto y permanecer insensibles? Yo no estoy cuestionando por emocionalismo, pues es una exhibición artificial, una pretensión espúria. Pero emociones, sentimientos genuinos surgidos legítimamente que deben ser expresados, y no sofocados.

Cual, entonces, la verdadera relación entre el intelecto y la emoción? Muhammed Iqbal, el jurista y poeta, que se hizo presidente de la Pandilla Musulmana, que preparó el camino para un Pakistán independiente y que trabajó por una nueva comprensión entre el Oriente y el Occidente, escribió en uno de sus poemas:

“En el Occidente, intelecto es la fuente de la vida. En el Oriente, amor es la base de la vida.” A través del amor, intelecto crece familiarizado con la realidad.

“Intelecto da estabilidad al trabajo del amor. Levantad y lanzad los fundamentos de un nuevo mundo. Enlazando El intelecto al amor”.

Esto está perfectamente correcto. Sin embargo, el intelecto no es prerrogativa del Occidente, ni el amor (o emoción), del Oriente. Algunas naciones o razas pueden que verdaderamente tuviera más de intelecto y otras más de emoción, pero intelecto y emoción no pueden estar restringidos a algunos temperamentos o algunas culturas, pues ambos son parte de toda la humanidad que Dios creó. Ambos - intelecto y emoción - pertenecen a la auténtica experiencia humana. En particular, nada coloca el corazón tanto fuego como la verdad.

La verdad no es fría y sequía. Por el contrario, es llena de calor y pasión, y en cualquiera que sea el momento en que nuevas perspectivas de la verdad de Dios surgen delante de nosotros, no podemos ser sólo contemplativos. Somos movidos a responder, sea en penitencia, ira, amor, o adoración.

Piense en los dos discípulos a camino de Emaús; en la primera pascua, la tarde, cuando el Señor resucitado hablaba con ellos. Cuando Él desapareció, ellos dijeron uno para el otro: “Posiblemente no ardía en nosotros nuestro corazón cuando, por el camino, nos hablaba y cuando nos abría las Escrituras?” (Lc. 24:32). Ellos tuvieron una experiencia emocional durante toda la tarde. Por eso, describieron la sensación que tuvieron como un corazón ardiente. Y cual fue la causa del ardor espiritual? Fue Cristo, abriéndoles las Escrituras!

Es el mismo hoy. Siempre que leemos las Escrituras y Cristo las abre para nosotros, para que captemos verdades nuevas, nuestros corazones deben arder dentro de nosotros. Como F.W. Faber dijo: “Teología profunda es la mejor leña para la devoción atrapa El fuego, que es una belleza y, una vez abrasada, quema por mucho tiempo” (citado por Ralph G. Turnbull, en *La Minister's Obstacles*, 1946, Baker 1972, p. 97).

Esta combinación verdadera del intelecto y la emoción debería ser visible, tanto en la predicación como en la comprensión de la Palabra de Dios.

Nadie expresó esto mejor que el Dr. Martyn Lloyd Jones, que define bien lo que es predicar: “Lógica con fuego! Razón elocuente! Son contradicciones? ?Claro que no! Razón acerca de la verdad tiene que ser poderosamente elocuente, como usted puede verificar en el caso del apóstol Pablo y de otros. Es teología en fuego. Y una teología que no trae fuego (yo afirmo), es una teología defectuosa. Predicación es teología presencia a través de un hombre en fuego” (*Preaching and Preachers*, Hodder & Stoughton 1971, p. 97).

TRADICION Y LIBERTAD

La Segunda polarización innecesaria en la iglesia contemporánea se refiere a conservadores “” y radicales “”. Debemos comenzar por la definición de los términos. Por “conservador” nos estamos refiriendo a las personas que están determinadas a conservar o preservar el pasado y son, por eso, resistentes la cambios Por “radical” nos referimos a las personas que están en rebelión contra lo que es heredado del pasado y están, por eso, haciendo agitaciones por cambios.

Dejadme, ahora, definir más precisamente en que sentido cada creyente debería ser un conservador y un radical, al mismo tiempo: Cada creyente debería ser conservador porque toda la Iglesia es llamada por Dios para conservar su revelación, para “guardar el depósito” (I Tm. 6:20; II Tm 1:14), para “batallar por la fe que una vez fue dada a los santos”, Jd 3. La tarea de la Iglesia no es continuar inventando nuevos evangelios, nuevas teologías, nuevas moralidades y nuevos cristianismos, pero, antes, ser una guardiã fiel del único Evangelio eterno, pues a auto-revelación de Dios alcanzó su consumación en su Hijo Jesus Cristo y en el testimonio apostólico de Cristo, preservado en el Nuevo Testamento. Esto no puede ser

alterado de forma alguna: Es inmutable en verdad y autoridad.

Los cuatro autores del libro "Growing into Union" (Creciendo en Unión) expresaron este punto con vigor: "La primera tarea de la Iglesia es mantener las buenas-nuevas intactas. Es mejor hablar del hábito mental que esta vocación requiere como "conservacionista" que como "conservador", pues la Segunda palabra puede fácilmente sugerir una tendencia antiquaria: por ser antiguo, por ser viejo, y una resistencia ciega al pensamiento nuevo, y no es absolutamente acerca de eso que estamos hablando. Antiquarianismo y oscurantismo son vicios de la mente cristiana, pero conservadurismo está entre sus virtudes" (SPCK 1970, p. 103).

Un "radical", por otro lado, es alguien que hace preguntas groseras sobre las tradiciones establecidas. Él no considera cualquier tradición, cualquier convención y cualquier institución (aunque antigua) cómo siendo sacrosanta. Él no reverencia "vaca sagrada" alguna. Por el contrario, está preparado para someter cualquier cosa heredada del pasado al escrutinio crítico. Y su escrutinio generalmente lo lleva a querer reformas, incluso revolución (aunque, siendo un creyente, opte por la no-violencia).

Un radical reconoce la rapidez con que la escena del mundo está cambiando hoy. Él no se siente amenazado por esto, ni es su primer instinto comportarse como el rey Canute e intentar prender el cambio de la marea creciente. Alvin Toffler define "choque del futuro", la expresión que él inventó, como paralelo a choque "cultural", en estos términos: "choque del futuro es la desorientación vertiginosa producida por la llegada prematura del futuro. Puede bien ser de más importante molestia de mañana..." (p.19). Pero el radical no se queda chocado con esto. Sabiendo que cambios son ineludibles, él les da las buenas-venidas y se ajusta para la llegada de cualquier cambio. E incluso a inicia.

Parece entonces a la primera vista, que conservadores y radicales están en oposición y que no podemos hacer otra cosa sino polarizar en esta cuestión. Pero no es bien así. No es bien entendido que nuestro Señor Jesus Cristo fue conciliatoriamente un conservador y un radical, aunque en esferas diferentes. No existe la menor duda de que él fue un conservador en su actitud para con las Escrituras. Las Escrituras no pueden ser anuladas, "ni una jota o una tilde se omitirá de la ley, sin que todo sea cumplido", (Jo. 10:17; Mt. 5:17,18). Una de las principales quejas de Jesus contra los líderes judíos de su época se refería a lo no respeto por parte de ellos por las Escrituras del Viejo Testamento y a la falta de una verdadera sumisión a la su autoridad divina.

Pero Jesus puede también ser verdaderamente descrito como un radical. Él fue un crítico mordaz e intrépido del tradicionalismo judío, no solamente debido a la insuficiente lealtad que había para con la Palabra de Dios, pero, también, debido a la lealtad exagerada a las propias tradiciones humanas. Jesus tuvo la temeridad de lanzar fuera siglos de tradiciones que habían sido heredadas, "las tradiciones de los ancianos", para que la Palabra de Dios pudiera ser apreciada y nuevamente obedecida. (Mc. 7:1-13).

Él fue, también, muy osado en las violaciones de las convenciones sociales. Insistió en preocuparse con todas las áreas de la comunidad que eran normalmente menospreciadas: habló con mujeres en público, lo que no era acepto en sus días, invitó niños para que vinieran a Él, aunque en la sociedad romana niños rechazados fueran generalmente "abandonadas" o dejadas al relento, lo que llevó los discípulos a que crean a él no le gustaría ser incomodado por ellas. Él permitió que prostitutas lo tocaran (los fariseus se alejaban de ellas horrorizados) y Él aún, en la realidad, tocó en un leproso intocable (los fariseus los apedreaban para que fueran mantenidos a la distancia). De estas y de otras maneras, Jesus se rechazó a ser prendido por costumbres humanas: su mente y conciencia estaban presas únicamente a la Palabra de Dios.

Así pues, Jesus fue una combinación única del conservador y del radical: conservador en relación a las Escrituras, y radical en lo yo escrutinio (su escrutinio bíblico) de todas las otras cosas.

Ora, el discípulo no está por encima de su maestro, como Jesus frecuentemente decía. Por lo tanto, si Jesus puede combinar conservadurismo y radicalismo, así podemos nosotros, que afirmamos lo seguís. Verdaderamente, debemos hacerlo, si fuéramos leales a Él. Hay una necesidad urgente para que más "CRs" surgen en la Iglesia; ahora, ya no representando las iniciales para católicos romanos, pero para conservadores radicales. Es una necesidad que cristianos evangélicos desarrollen un discernimiento más crítico entre lo que no es posible ser modificado y lo que puede, y aún debe ser. Dejarme dar un ejemplo de lo que no es posible ser modificado:

Era costumbre, los días pasados, tener el Padre Nuestro, los Diez mandamientos y el Credo de los Apóstoles pintados en la pared leíste de muchas iglesias inglesas, para ser visto y leído por todos. En la iglesia de una villa, las letras habían quedado desbotadas y un pintor diseñador fue contratado para retocarlas. En la ocasión oportuna (así la estória es contada), el consejo de la iglesia se quedó alarmado con la cuenta que le fue presentada. Aconteciendo eso antes de la implantación del sistema decimal, la cuenta fue leída como sigue:

Por la reparación del Padre Nuestro 10 s.

Por los tres Mandamientos nuevos 12s.

Por haber hecho un Credo completamente nuevo 17s 6d.

Por otro lado, aunque hayamos autoridad para alterar el Credo o los Mandamientos que Dios ha revelado, sin embargo (cómo Leighton Ford dijo correctamente, en 1959, en el Congreso Americano sobre Evangelismo, en Minneápolis) “Dios no está preso al inglés del siglo diecisiete, ni a los himnos del siglo dieciocho, ni á arquitectura del siglo diecinueve, ni a los clichês del siglo veinte”, ni (alguien puede añadir) la muchas otras cosas. Aunque Él aún nunca cambie, ni tampoco su revelación, Él es, también, el Dios que actúa, llamando siempre su pueblo para iniciativas nuevas y venturosos.

Más particularmente, todos nosotros necesitamos discernir con claridad entre Escrituras y cultura. Las Escrituras son la Palabra de Dios eterna e inmutable, pero cultura es una mezcla de tradición eclesiástica, convención social y creatividad artística. Sea cual que sea “la autoridad” que la cultura pueda que haya, ella es derivada de la Iglesia y de la comunidad, no pudiendo exigir una inmunidad al cristianismo o reforma. Por el contrario, cultura muda de época para época y de lugar para lugar. Además del más, nosotros creyentes, que decimos desear vivir bajo la autoridad de la Palabra de Dios, deberíamos someter nuestra cultura contemporánea a un continuo escrutinio bíblico.

Lejos de que nos resintamos con el cambio cultural o de que resistamos a ella, deberíamos estar en la línea de frente junto aquellos que trabajan por una modificación progresiva, para hacer con que el cambio realmente exprese, cada vez más, la dignidad del hombre y sea más agradable al Dios que los creó. En una reciente visita a Estados Unidos, me quedé impresionado con un grupo de estudiantes que encontré en Trinity Evangelical Divinity Shooll, en Deerfield, Illinois. Ellos pertenecían a los más diversos grupos, pero se hallaban unidos en el compromiso para con el cristianismo bíblico, en lo desencanto con mucho del cristianismo americano contemporáneo y en la determinación de descubrir una aplicación radical del cristianismo bíblico a los grandes asuntos del día. De modo que ellos se reunían en un grupo de estudio y oración, de lo cual surgió la coalición Cristiana del Pueblo (The People’s Christian Coalition), cuyo órgano oficial es el “The Post-American”. El primer número publicado en febrero de 1971 tenía una representación del Señor Jesus en la primera hoja, coronado con espinas, manietado y envuelto con las estrellas y listas de la bandera americana. Muchos pensaron que el retrato hacía paralelo con la blasfêmia.

Pero yo no compartí con la misma reacción. Por el contrario, creí que fue una expresión genuina que ellos tenían por la honra de Cristo. Jim Wallis publicó en su editorial: “La ofensa de la religión establecida es la proclamación y la práctica de una caricatura de cristianismo inculturado, domesticado y sin vida, que nuestra generación fácil y naturalmente rechaza. Nosotros creemos que la iglesia americana está cautiva de los valores y estilo de vida de nuestra cultura. El cautiverio de la iglesia americana tiene resultado en la desastrosa ecuación: la manera americana de vida sumada a la manera cristiana de vida”.

Exactamente el mismo podría ser dicho de la expresión cultural del cristianismo en otras partes del mundo. Este es uno de los principales problemas en muchas iglesias del Tercero Mundo, que fueron establecidas por misiones de Europa y de América del Norte, y están ahora buscando sus propias identidades indígenas. Estas iglesias se confrontan con dos problemas culturales. El primero dice respeto a la cultura nativa o tribal, tal vez especialmente en África. Los líderes nacionales reconocen que algunas costumbres africanas tradicionales reflejan el origen pagano y son incompatibles con la fe, amor y justicia cristiana.

El segundo problema dice respeto a la cultura extranjera (sea europea o americana) que, muy frecuentemente, fue importada para el Tercero Mundo con El Evangelio. Es, en parte, porque esta invasión cultural ha parecido para muchos como una afrenta a la propia dignidad nacional, es que muchos de ellos llegaron al “fuera con la religión del hombre blanco”. Naturalmente, el clamor está errado.

Cristianismo no pertenencia al hombre blanco y, ni tampoco, a cualquiera otro grupo de hombres. Jesús Cristo es Señor de todas las razas, países y épocas, sin cualquier discriminación. Pero, es correcto para los africanos, asiáticos y latinos americanos buscar desarrollar sus propias expresiones indígenas de la verdad cristiana. En ese sentido, el Dr. René Padilha hizo un llamamiento eloquente en el Congreso Internacional sobre Evangelización Mundial, en Lausanne, en julio de 1974, cuando atacó lo que llamó de cristianismo “cultural”.

Así pues, líderes cristianos de iglesias jóvenes necesitan de gran sabiduría para discernir no sólo entre cultura nacional y cultura importada, pero, también, entre lo que en ambas culturas es honrável Cristo y lo que no es; lo que tiene valor y lo que no tiene. Ellos necesitan, también, coraje para retener una cosa y rechazar la otra.

El cristianismo europeo cuyas raíces alcanzan, aproximadamente, 2000 años, está, también, profundamente enraizado en la cultura de los siglos. No es sin sentido que podemos hablar sobre luteranismo, anglicanismo, presbiterianismo, metodismo y, aún, irmanismo. Cada uno de ellos es una forma tradicional o cultural del cristianismo histórico que colorea no solamente nuestros formularios doctrinarios, pero nuestra liturgia (o falta de liturgia) y música el formato y la decoración de nuestros templos, nuestros métodos pastorales y evangelísticos, y todo lo que hacemos como iglesia. Todo esto debe ser sometido a la investigación bíblica regular y crítica.

Por lo tanto, cuando resistimos la cambios - sean ellas en la iglesia o en la sociedad debemos preguntarnos si son, en la realidad, las Escrituras que estamos defendiendo (como es nuestra costumbre insistir ardorosamente) o, si al contrario, es alguna tradición apreciada por los ancianos eclesiásticos o de nuestra herencia cultural. Esto no quiere decir que todas las tradiciones, simplemente por que sean tradicionales, deban a cualquier coste ser lanzadas fuera. Iconoclasmo sin crítica es tan estúpido cuanto conservantismo en crítica, y es algunas veces más peligroso. Lo que yo estoy enfatizando es que ninguna tradición puede ser invertida con una especie de inmunidad diplomática a la examinação. Ningún privilegio especial puede que le sea reivindicado.

Cuando, por otro lado, clamamos por cambios, debemos estar correctos de que no está contra las Escrituras que estamos rebelándonos, pero contra alguna tradición no-bíblica, que es por lo tanto, abierta a la reforma. Si es “no-bíblica” en el sentido de ser claramente contraria a las Escrituras, entonces debemos atacar el asunto corajosamente y trabajar mucho para su abolición. Si es “no- bíblica” en el sentido de no ser requerida por las Escrituras, entonces debemos mantenerla bajo revisión crítica.

Pero frecuentemente de lo que la mayoría de nosotros sabe o busca admitir, nosotros revestimos nuestras ideas y costumbres culturales con una autoridad, verdad e inmutabilidad que solamente pertenecen a las Escrituras. Pero son parte de nuestra seguridad. Cuando son amenazados, nosotros nos sentimos amenazados también. Así, evitamos cualquier riesgo y luchamos vigorosamente para defender esas cosas, a las cuáles nos agarramos. Otras veces, nosotros nos posicionamos por demasiado débilmente en relación a las Escrituras y tratamos la Palabra de Dios como se pudiéramos colocarla de lado tan fácilmente cuanto lo hacemos con las opiniones y tradiciones humanas. Así pues, pruebamos que somos cristianos mundanos, que tienen hasta tal punto absorbido la onda antiautoritaria del mundo que ni aún estamos preparados para vivir bajo la autoridad de Dios y de Su Palabra, pela cual él gobierna su pueblo.

Los creyentes contemporáneos son llamados para piso en esta cuerda apretada. Nosotros no debemos resistir a los cambios totales. Además de eso, aún en cuestiones abiertas al cambio, debido a la libertad dada por las Escrituras, no debemos ser iconoclastas. Creyentes que creen en el dios de la historia y en la actividad de Espíritu Santo en el transcurrir de la historia de la Iglesia, no pueden deleitarse con cambios, simplemente por cambiar. Algunas veces, como Jesús dijo, “mejor es el viejo “ (Lc. 5:39), porque ha aguantado la prueba del tiempo. Debimos, también, ser sensibles al conservantismo de los creyentes de generaciones más antiguas; ellos no pudieron adaptarse con facilidad la cambios pero fueron más fácilmente heridos y perturbados por eso. Somos llamados para un sabio discernimiento; instruídos por una perspectiva bíblica, para que seamos apreciadores del legado del pasado y responsables por la disposición del presente. Solamente entonces podremos aplicar para toda la cultura (en la Iglesia y en la sociedad) un cristianismo bíblico radical y buscar lo que nosotros creemos que podría ser cambiado para mejor, bajo la orientación de Dios

Nuestros reformadores de la iglesia de Inglaterra del siglo dieciséis entendieron bien este principio,

por lo menos en su aplicación a la reforma eclesiástica. En la pequeña impresión del Libro de Oración común hay un prefacio intitulado “De las Ceremonias”, que explica porque algunas son abolidas y otras retenidas. Esto fue incluido en el primer Libro de Oración reformado de 1549, que fue probablemente compuesto por el propio arzobispo Crammer. Él considera que, “en este nuestro tiempo, las mentes de los hombres son tan diferentes que algunos piensan que es un gran problema de conciencia abandonar, por menor que sea, las ceremonias, pues ellos están presos a las costumbres antiguas, pero, por otro lado, algunos son tan modernos que innovarían todas las cosas y, así, despreciarían las antiguas, de modo que solamente lo que es nuevo les es favorable’.

Similarmente al prefacio, que explica los principios que rigieron la revisión del “Libro de Oración” en 1662, comienza: “Ha sido sabia por parte de la iglesia de Inglaterra, desde la primera compilación de la Liturgia Pública, mantener un equilibrio entre los dos extremos, de rigidez demasiada en rechazar, y de facilidad demasiada en admitir, cualquier alteración disto. “Pueda Dios darnos esta misma sabiduría hoy y, también, darnos el coraje de aplicarla no solamente para los asuntos eclesiásticos, pero también en los asuntos sociales, éticos y políticos!

Tal vez yo podría expresarme en términos biológicos para decir que nosotros necesitamos de moscas minoristas cristianas para aferroar-nos e impelernos a actuar en búsqueda de cambios y, también de perros de guardia cristianos que latirão, alta y largamente, se mostramos cualquier señal de compromiso de la verdad bíblica. Ninguno de los dos, moscas minoristas y perros de guardia, son compañías fáciles de convivirse con ellos, ni tampoco hallan ellos la compañía uno del otro compatible. Pero, las moscas minoristas no deben picar los perros de guardia, ni deviene los perros de guarda comer las moscas minoristas. Ellos deben aprender a coexistir en la Iglesia de Dios y a que ejecuten sus papeles al concentrar la atención en nosotros, la mayoría del pueblo de Dios, que, desesperadamente, necesitamos del ministerio de ambos.

Tiendo advertido sobre los peligros de cambios demasiados o de ninguna, concluyo este capítulo diciendo que el peligro mayor (por lo menos entre los evangélicos) es confundir cultura con Escrituras, ser conservador y tradicionalista demasiado, estar invidente a todas las cosas, en la Iglesia y en la sociedad, que disgustan Dios y que deberían, por lo tanto, disgustarnos, tener los pies enterrados en el estatus quo y resistir firmemente a la más desconfortável de todas las experiencias: CAMBIOS.

EVANGELISMO Y ACCION SOCIAL

Yo cambio, ahora, de la polarización entre el conservador y el radical, para a del estructurado y el no-estructurado. Las estructuras seculares están desmoronando en todos los lugares. Hay una rebelión mundial contra formas institucionales rígidas y un sentimiento universal a la busca de libertad y flexibilidad La iglesia cristiana, considerada en muchas parte del mundo como una de las principales estructuras del tradicionalismo, no puede escapar a este desafío de nuestros tiempos. Además de eso, el desafío viene tanto de dentro como de fuera Muchos jóvenes creyentes están requiriendo un nuevo y no-estructurado tipo de cristianismo, despojado de los obstáculos eclesiásticos que ha sido heredados del pasado.

Permítame clasificar las tres expresiones principales de esta onda. Se refieren a la iglesia y su ministerio, a la dirección de cultos públicos, y a la relación con los otros creyentes. Es peligroso generalizar. Sin embargo, alguien puede decir, en primer lugar, que muchos están buscando iglesias que no tengan ceremonia fija. Grupos de creyentes están, ahora, liberándose en muchas partes del mundo, liberándose de la tradición y haciendo las cosas a la su manera.

En segundo lugar, hay un antojo por cultos informales, nos cuáles el ministro ya no domina, pero donde la participación de la congregación es incentivada, donde el órgano es sustituido por lo guitarra y una liturgia antigua, por el lenguaje de hoy, donde hay más libertad y menos formalidad, más espontaneidad y menos rigidez.

En tercer lugar, hay un rechazo de denominacionalismo y un nuevo énfasis bastante corriente en cortar los lazos que los prenden al pasado y aún la otras iglesias del presente. Ellos quieren llamarse “creyentes” pero sin cualquier rótulo denominacional.

A buen seguro, estas tres exigencias tiene alguna lógica. Ellas son fuertemente sentidas y poderosamente manifestadas. No podemos simplemente considerarlas como irresponsabilidades locas del joven. Hay una amplia búsqueda para el libre, el flexible, el espontáneo, el no-estructurado. La generación de los creyentes más viejos y tradicionales necesita entender eso, ser solidaria y acompañar, en la medida del posible, lo que está aconteciendo. Todos nosotros concordamos en que Espíritu Santo puede ser (y a las veces ha sido) aprisionado en nuestras estructuras y sofocado por nuestras formalidades. Pero, hay algo a ser dicho en relación al otro extremo. Libertad no es sinónimo de anarquía.

Que argumento puede ser presentado, entonces, en favor de algunos tipos de ceremonias y estructuras?

Primero: una iglesia estructurada.

Los creyentes pertenecen a diferentes orígenes denominacionales y aprecian tradiciones diferentes. Pero, la mayoría (tal vez todos nosotros) concuerda en que el Fundador de la Iglesia proyectó que ella tuviera una estructura visible.

Verdaderamente, la Iglesia tiene su aspecto invisible, en que solamente, “el Señor conoce los que son suyos”, (II Tm. 2:19). Pero no podemos refugiarnos en la doctrina de la invisibilidad de la Iglesia verdadera para negar que Jesús Cristo tenía en mente que su pueblo fuera visto y conocido como tal. Él aún insistió en el bautismo como la ceremonia de iniciación en su Iglesia, y bautismo es un acto visible y público. Él también instituyó suya cena como la comida de la comunión cristiana, por la cual la Iglesia identifica a sí misma y ejerce disciplina sobre los miembros.

Además de esto, Él consagró pastores para alimentar su rebaño. Por lo tanto, siempre que usted tenga bautismo, a cena del Señor y un pastoreo, o, en términos tradicionales, un ministerio y ordenanzas, usted tiene estructura. Puede ser que sea más simple y más flexible que en muchas denominaciones históricas, pero continúa una estructura clara y definida. De más de más, su valor puede ser fuertemente discutido en términos de haberse un ministerio y ordenanzas que sean recíprocamente reconocidos por las diferentes iglesias.

Segundo: adoración formal.

En particular, soy completamente a favor de la adoración espontánea, exuberante, alegre y barulhenta del joven, aunque, algunas veces, pueda ser doloroso, como experimenté una vez, en Beirut, cuando mi oído derecho estaba a sólo algunas pulgadas del trombón. Algunos de nuestros cultos son por demasiado formales, serios y mañantes. Al mismo tiempo, en algunas reuniones modernas, la casi total noción de reverencia me perturba. Parece que algunos creen que la principal evidencia de la presencia de Espíritu Santo es el barullo.

Tenemos en los olvidado de que una paloma es tanto un emblema del Espíritu cuanto el viento y el fuego? Cuando Él visita su pueblo en poder, a las veces, trae quietud, silencio, reverencia y temor. Su voz mansa y delicada es oída. Hombres se curvan maravillados delante de la majestad del Dios vivo y lo adoran: “El Señor está en su santo templo; cállese delante de él toda la tierra!”. Yo no estoy sugiriendo que reverencia y formalidades sigan siempre juntas, pues reuniones informales pueden también ser reverentes, mientras que cultos formales pueden tener seriedad y belleza sin tener una verdadera reverencia espiritual. Pero donde seriedad y reverencia son encontradas en conjunto, la adoración ofrecida es bastante agradable a Dios.

Tercero: un principio de conexión. La mayoría de nosotros desearía insistir en, por lo menos, un cierto grado de independencia para la iglesia local que, en conformidad con El Nuevo Testamento, es una manifestación local y visible de la Iglesia universal. Y la iglesia local (no sólo la iglesia universal), es llamada el templo de Dios y el cuerpo de Cristo: la iglesia local: (I Co. 3:16; 12:27) y la iglesia universal: (Ef. 2:19-22; 4:14-16). Pero, es posible llevar este principio de la autonomía de la iglesia local lejos demasiado y, virtualmente, ignorar todos los creyentes del pasado y del presente. Cuando esto acontece, la iglesia local se ha hecho tan autosuficiente que menosprecia la Iglesia de Dios en el tiempo y en el espacio. Necesitamos, por lo tanto, acordarnos de ciertas verdades bíblicas que el pueblo cristiano (especialmente el joven) ha de olvidar.

Están ellos interesados solamente en el presente? Están ellos, la generación de ahora, haciendo eco al famoso dicho de Henry Ford que “historia – discurso insincero”? A las veces parece que sí. Pero, en que tipo de Dios creen ellos? Pues el Dios de la Biblia es el Dios de la historia, el Dios de Abrahán, de

Isaque y de Jacó, de Moisés y de los profetas, de los apóstoles y de la Iglesia apostólica, que cumple sus propósitos a través de los siglos. Si Dios es el Señor de la historia, como podemos nosotros ignorarla o no en los interesar por ella? Él es, también, el Dios de toda la iglesia La unidad de la Iglesia es derivada de la unidad de Dios. Y porque hay un sólo Padre, hay una sólo familia, y un sólo Señor, hay una sólo fe, una sólo esperanza y un sólo bautismo; y porque hay un sólo Espíritu, hay solamente un cuerpo: (Ef. 4:4-6).

Por lo tanto, toda la cuestión de la relación con otros creyentes es controversa y complicada, y ciertamente las Escrituras no nos dan autoridad para buscar o asegurar unidad sin verdad. Pero no nos da, tampoco, autoridad para recoger la verdad sin unidad. Independência es conveniente. Pero también lo es la comunión en la fe común que profesamos.

Más una vez mi argumento es que no polaricemos en esta cuestión. Hay un lugar necesario en la Iglesia de Cristo, tanto para el estructurado como para el no-estructurado, tanto para el formal como para el informal, tanto para el serio como para el espontáneo, tanto para la independencia como para la comunión.

La iglesia primitiva nos presenta un ejemplo saludable en este asunto. Leemos que inmediatamente después del día de Pentecostes, los creyentes llenos de Espíritu Santo estaban “unánimes todos los días en el Templo, partiendo el pan en casa”, (At. 2:46). Así, ellos no rechazaron inmediatamente la iglesia institucional. Ellos buscaron reformarla en conformidad con El Evangelio. Y ellos simplemente complementaban las reuniones formales de oración del Templo con reuniones en sus propias casas. Me parece que cada congregación debería incluir en el programa tanto cultos más formales en la iglesia cuanto reuniones informales de comunión en los hogares. Los más antiguos miembros tradicionales de la iglesia, que aman la liturgia, necesitan experimentar la libertad del culto en el hogar, mientras que los más nuevos, que aman el barullo y la espontaneidad, necesitan experimentar la seriedad y reverencia de los cultos formales de la iglesia. La combinación es muy saludable!

La Cuarta polarización innecesaria dice respeto a las nuestras responsabilidades evangelísticas y sociales. Ha sido siempre una característica de los evangélicos ocuparse con evangelismo. Tanto así que no es raro que nos encontremos con una confusión de términos, como se “evangélico” y evangelístico “” significaran la misma cosa. En nuestra énfasis evangélico en evangelismo, tenemos comprensiblemente reaccionado contra el tan hablado “evangelio social” que sustituye salvación individual por mejoramiento social y, a pesar del notable testimonio de la acción social de los evangélicos del siglo diecinueve, nosotros mismos hemos sospechado de cualquier implicación de este tipo. O, si hemos sido activos socialmente, hemos tenido la tendencia de concentrarnos en las obras de filantropía (cuidando de los accidentes de una sociedad enferma) y tomado cuidado para evitar política (las causas de una sociedad enferma).

Algunas veces, la polarización en la iglesia ha parecido ser completa, con algunos exclusivamente preocupados con evangelismo y otros con acciones político-sociales. Como un ejemplo para el primero, tomaré algunos grupos del tan hablado “Pueblo de Jesus”. Ora, estoy muy lejos de querer ser crítico de todo el movimiento. Pero, una de mis incontables hesitaciones dice respeto a las comunidades de Jesus que parecen haber rechazado la sociedad y se retirado para la comunión individual, haciendo cultos evangelísticos ocasionales, en el mundo fuera de la comunidad.

Vernon Wishart, un ministro de la Iglesia Unida de Canadá escribió sobre el Pueblo de Jesus en Noviembre de 1972, en un artículo de la revista “Observer”, órgano oficial de su iglesia. Él describió el movimiento como “una reacción al profundo malestar cultural y social” y una tentativa para “vencer una depresión del espíritu humano” causada por la tecnocracia materialista. Se mostró admirador del genuino celo cristiano por ellos manifestado: “Como creyentes primitivos, ellos simplemente viven de una manera amorosa, estudiando las Escrituras, partiendo el pan juntos y compartiendo los recursos’.

Y él reconoció que la intensa relación personal de ellos con Jesus, y de uno para con el otro era un antídoto a la despersonalización de la sociedad moderna. Al mismo tiempo, él vio este peligro: “Volverse para Jesus puede ser una tentativa desesperada de desviar- si del mundo en lo cual él encarnó. Como las drogas, la religión de Jesus puede ser una fuga de nuestra tecnocultura”. En esta última frase, Vernon Wishart colocó el dedo en el problema principal: Si Jesus amó el mundo de tal manera que entró en él a través de la encarnación, como poden sus seguidores proclamar que aman el mundo buscando escapar de él? Sir Frederick Catherwood escribió: “Buscar mejorar la sociedad no es mundanismo, pero amor.

Lavar las manos de la sociedad no es amor, pero mundanismo” (Is Revolution Charnge?, editado por Brian Griffiths, IVP, 1972, p. 35).

La polarización opuesta parece haber sido evidente en la Asamblea de la Comisión del Consejo Mundial de Iglesias sobre Misión y Evangelismo Mundial, realizada en Bangkok, en enero de 1973. Por haber sido intitulada “Salvación hoy”, muchos tuvieron la esperanza de que una definición nueva de salvación surgiría, quiere sería tanto fiel a las Escrituras como relevante para el mundo moderno. Sin embargo, nos quedamos decepcionados: Los documentos preparatorios y la propia conferencia intentaron redefinir salvación en términos casi enteramente sociales, económicos y políticos. Es verdad que hubo referencias a la salvación personal del pecado y que el propósito de la convocatoria para una moratoria de diez años en el envío de dinero y personal misionero para las iglesias del Tercero Mundo fue ayudarlas a que se hagan auto- suficientes.

Pero, la impresión general de Bangkok es que la labor misionera y evangelístico están sin apoyo en los círculos ecuménicos , mientras que la misión real de la iglesia, según el Consejo Mundial de Iglesias , es identificarse con los actuales movimientos de liberación: “Nos vemos las luchas por justicia económica, libertad política y renovación cultural como los elementos de la liberación total del mundo, a través de la misión de Dios “(Bangkok Assembly 1973, p. 89).

De estos dos extremos, el fallo característico de los evangélicos se encuentra más en la primera que en la Segunda polarización. Nosotros ciertamente no estamos confundiendo justicia con salvación, pero tenemos frecuentemente hablado y en los comportado como se pensáramos que nuestra única responsabilidad cristiana para con una sociedad no convertida fuera evangelismo, la proclamación de las buenas-nuevas de salvación. Los últimos años, pero, ha habido buenas señales de cambio. Hemos quedado desilusionados con la mentalidad de la tentativa “ abandonada” con la tendencia de escoger no participar de la responsabilidad social y con la tradicional obsesión fundamentalista de la micro- “ética” (la prohibición de cosas mínimas) y la negligencia correspondiente de la macro “- ética” (los grandes problemas de raza, violencia, pobreza, polución, justicia y libertad). Ha habido también, un reciente reconocimiento de los principios bíblicos para la acción social cristiana, tanto teológica cuanto ética.

Teológicamente, ha habido un redescubrimiento de la doctrina de la creación. Tendemos a tener una buena doctrina de la redención y una pésima doctrina de la creación. Naturalmente, hemos tenido una reverencia de labios a la verdad de que Dios es el Creador de todas las cosas, pero, aparentemente, tenemos estado ciegos para las implicaciones disto. Nuestro Dios ha sido por demás “religioso”, como si su principal interés fuera cultos de adoración y oración frecuentados por miembros de iglesias. No me entienda apenas: Dios tiene placer en las oraciones y alabanzas de su pueblo. Pero, ahora, comenzamos a ve- lo, también (como la Biblia siempre lo retrató), como el Creador, que está interesado tanto por el mundo secular cuanto por la Iglesia, que ama a todos los hombres y no solamente los creyentes, y que tiene interés en la vida como uno todo, y no meramente en la religión.

Éticamente, hay un redescubrimiento de la responsabilidad del amor por el prójimo, que es el siguiente mandamiento: “Amar nuestro prójimo como amamos a nosotros mismos”. Lo que esto significa en la práctica será determinado por la definición de las Escrituras sobre “nuestro prójimo”. Nuestro prójimo es una persona, un ser humano, creado por Dios. Y Dios no lo creó como una alma sin cuerpo (para que pudiéramos amar solamente su alma), ni como un cuerpo sin alma (para que pudiéramos preocuparnos exclusivamente con su bienestar físico), en tampoco un cuerpo-alma en aislamiento (para que pudiéramos preocuparnos con él solamente como un individuo, sin en los preocupar con la sociedad en que él vive). No!

Dios hizo el hombre un ser espiritual, físico y social. Como ser humano, nuestro prójimo puede ser definido como “un cuerpo-alma en sociedad”. Por lo tanto, la obligación de amar nuestro prójimo nunca puede ser reducida para solamente una parte de él. Si amamos nuestro prójimo como Dios creó (lo que es mandamiento para nosotros), entonces, ineludiblemente, estaremos preocupados con su bienestar total, y bienestar de su cuerpo, de su alma y de su sociedad. Martin Luther King expresó esto muy bien:

“Religión trata tanto con El Cielo como con la tierra... Cualquier religión que profesar estar preocupada con las almas de los hombres y no está preocupada con la pobreza que los predestina a la muerte, con las condiciones económicas que los estrangula y con las condiciones sociales que los hacen paralíticos, es una religión seca como poeira” (My life wih Martin Luther King Jr. Por Coretta King,

Hodder 1970, p. 127). Yo creo que deberíamos añadir que “una religión seca como poeira”, es en la realidad, una religión falsa.

Es verdad que el Señor Jesus resurrecto dejó la Gran Comisión para su Iglesia: predicar, evangelizar y hacer discípulos. Y esta comisión es aún la obligación de la Iglesia. Pero la comisión no invalida el mandamiento, como se “amarás tu prójimo” hubiera sido sustituido por “predicarás el Evangelio”. Ni tampoco reinterpretar amor al prójimo en términos exclusivamente evangelísticos. Al contrario, enriquece el mandamiento amar nuestro prójimo, al añadir una dimensión nueva y cristiana, expresamente la responsabilidad de hacer Cristo conocido para ese nuestro prójimo.

Al rogar que deberíamos evitar la elección más que ingenua entre evangelismo y acción social, yo no estoy suponiendo que cada creyente deba estar igualmente envuelto en ambos. Esto sería imposible. Además de eso, debemos reconocer que Dios llama personas diferentes y las dota con dones apropiados a la su llamada. Ciertamente cada creyente tiene la responsabilidad de amar y servir el prójimo a medida que las oportunidades se manifiestan, pero esto no lo inhibirá de concentrarse - conforme su vocación y dones - en alguna incumbência particular, sea alimentando el pobre, asistiendo al enfermo, dando testimonio personal, evangelizando en el hogar, participando en la política local o nacional, en el servicio comunitario, en las relaciones raciales, en la enseñanza o en otras buenas obras.

Aunque cada creyente, individualmente, deba descubrir como Dios lo ha llamado y dotado, me aventuro a sugerir que la iglesia evangélica local, como uno todo, debe preocuparse con la comunidad secular local como uno todo. Una vez que esto sea acepto, en principio. Creyentes individuales, que comparten las mismas preocupaciones, serían incentivados a juntarse en “grupos de acción y estudio”. No para acción sin estudio previo, ni para estudio sin acción consecuente, pero para ambos. Tales grupos, con responsabilidad, considerarían en oración un problema particular, con la intención de actuar atacando el problema.

Un grupo podría estar preocupado con el evangelismo en un nuevo conjunto habitacional, en lo cuál (hasta donde es conocido) no vive ningún creyente, o con una sección particular de la comunidad local - una república para estudiantes, una prisión, estudiantes recién-formados etc. Un otro grupo podría dedicarse a los problemas de los inmigrantes y de las relaciones raciales, de una favela de área y de habitaciones deficientes, de un asilo para viejos desamparados o de un hospital; de personas ancianas que tienen pensión, pero se sienten solos, de una clínica local de aborto, o de una casa de prostitución. La posible lista es casi interminable. Pero si los miembros de una congregación local fueran compartir las responsabilidades evangelísticas y sociales de la iglesia en conformidad con sus intereses, llamadas y dones, mucho trabajo constructivo podría ciertamente ser hecho en la comunidad

Yo no conozco cualquiera otra declaración de nuestra doble responsabilidad cristiana, social y evangelística, mejor que aquella hecha por el Dr. W.A. Visser: “Yo creo”, dijo él, “que con respecto a la gran tensión entre la interpretación vertical del Evangelio como esencialmente preocupada con el acto de la salvación de Dios en la vida de los individuos y la interpretación horizontal de esto, como principalmente preocupada con las relaciones humanas en el mundo, debo huir de aquel movimiento oscilatorio más que primitivo de ir de un extremo para el otro. Un cristianismo que ha perdido su dimensión vertical ha perdido su sal y es, no solamente insípido en sí aún, pero sin cualquier valor para el mundo.

Pero un cristianismo que usaría la preocupación vertical como un medio para escapar de su responsabilidad por la vida común del hombre es una negación del amor de Dios por el mundo, manifestado en Cristo. Debe hacerse claro que miembros de iglesia que de hecho niegan sus responsabilidades con el necesitado en cualquier parte del mundo son tan culpables de herejías cuanto todos los que niegan este o aquel artículo de la Fe”. Mi argumento en este livreto ha sido a favor de un cristianismo bíblico equilibrado, en lo cual se evitan las polaridades comunes del mundo cristiano - y especialmente del mundo evangélico.

Necesitamos enfatizar, tanto el intelecto como lo emocional, acordando que nada coloca el corazón en fuego como la verdad; tanto el conservador como el radical, resuelto a conservar las Escrituras, pero a evaluar la cultura en conformidad con La Biblia; tanto el estructurado como el no-estructurado, pues uno puede completar el otro; y tanto el evangelístico como el social, pues ninguno de ellos puede ser un sustituto, una capa o una disculpa para el otro, desde que cada uno sostenga a sí mismo como una

expresión, para lo cual Dios, el Señor, aún llama su pueblo. En por lo menos en estas cuatro áreas (que no son las únicas), tenemos una buena autoridad bíblica para sustituir un excesivo e ingenuo “uno-o por” un maduro “ambos” Coloquemos, pues, nuestros pies con confianza en los dos polos, simultáneamente. No nos permitamos polarizar!